

Experiencias de vida: Alternativa para comprender la relación entre seres humanos y animales.

Caso etnográfico, Turbo-Antioquia

Life experiences: Another choice to understand human beings and animals relationship.

An ethnographic case. Turbo, Antioquia

^a Camilo Andrés Morales

^b Edna Margarita Caviedes

^c Sebastián Buitrago

Resumen

Esta investigación propone las experiencias de vida como otra alternativa de análisis para comprender la relación entre el ser humano y el animal, que pretende contribuir al debate propuesto por la Antropología. Este trabajo se enmarcó en la metodología cualitativa. En el municipio de Turbo, Antioquia, se realizaron ejercicios etnográficos que incluyeron actividades de observación y entrevistas semiestructuradas. La información recolectada se procesó en el software ATLAS TI versión WIN 7.0. Una de las conclusiones importantes señala que las experiencias de vida permiten trascender el valor económico que el humano ha otorgado al animal, para situarlo en otros planos, como el simbólico.

^a Investigador del grupo GICFS adscrito a la Facultad de Investigación Judicial, Forenses y Salud. Profesional en Criminalística graduado del Tecnológico de Antioquia - Institución Universitaria, y estudiante de Antropología de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: camo1989@hotmail.com.

^b Profesional en Filosofía de la Universidad del Valle y estudiante del séptimo nivel del pregrado en Antropología de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: andecaviedes@hotmail.com.

^c Estudiante del quinto nivel del pregrado en Antropología de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: chota.10@hotmail.com.



Palabras clave: *Antropología, relación humano-animal, experiencias de vida, etnografía, investigación cualitativa.*

Abstract

This research proposes the experiences of life as another analytical alternative for understanding the relationship between humans and animals, which aims to contribute to the debate proposed by Anthropology. This work was part of a qualitative methodology. In the municipality of Turbo-Antioquia ethnographic exercises, activities involving observation and semi-structured interviews were conducted. The collected information is processed in the ATLAS software WIN IT 7.0. One of the important conclusions states that life experiences allow to transcend the economic value that the human has given to animal, to place it in other level as symbolic.

Keywords: *Anthropology, human-animal relationship, life experiences, ethnography, qualitative research.*

Introducción

Este artículo es una propuesta para entender cómo se construye culturalmente la relación entre el ser humano y el animal en el municipio de Turbo, Antioquia, producto del trabajo de campo desarrollado en esta comunidad. Estas dos categorías se han conceptualizado desde diversas disciplinas, como: la psicología, la filosofía, el derecho, la biología, la ecología, la arqueología, entre otras, pero enmarcadas dentro de la noción de naturaleza entendida como un todo. La antropología también ha realizado aportes importantes a este tema a través de su método estandarizado: la etnografía, con la cual se han puesto en el escenario académico nuevas perspectivas que han motivado la discusión sobre la reciprocidad entre el ser humano y el animal, como por ejemplo, la emergencia de la cosmogonía indígena.

Inicialmente, el trabajo etnográfico realizado se dirigía a explorar las relaciones duales que los habitantes de Turbo, Antioquia, tenían con los animales, con el objeto de obtener las categorías sobre las cuales se construye, culturalmente, dicho contacto. De este modo, los conceptos sugeridos teóricamente desde distintas áreas del conocimiento servirían para explicar estos esquemas. Pero el análisis de las entrevistas con el marco teórico posibilitó otra forma de entender estos entramados, a saber, las experiencias de vida, entendidas



como las elaboraciones constantes que mediante imágenes, anécdotas, representaciones, saberes, vivencias o recuerdos de la persona, configuran sus sentidos, visión y forma de interactuar con los animales. Estas experiencias permiten comprender, a partir de la subjetividad, los vínculos establecidos con los animales, los cuales se interpretan de acuerdo con valores contrastables, como el amor, el odio, el cariño, el desprecio, etc. De hecho, la reflexividad de la investigación cualitativa permitió obtener del tema primario un insumo importante para re-pensar las subjetividades de la sociedad.

Las experiencias de vida son otra posibilidad para estudiar el vínculo entre el ser humano y el animal. Como resultado de estos análisis se espera contribuir al debate académico sobre estos temas, ofreciendo otra mirada explicativa que puede integrarse a otras visiones surgidas. Además, mostrar antropológicamente que la emergencia de otras formas analíticas no necesariamente se circunscribe a la cosmología indígena, ya que, en contextos urbanos se puede analizar “los sentimientos que genera esa especie animal, por las historias, relatos y mitos, en donde las especies son las protagonistas, por los rituales en los que se emplean partes o sustancias del mismo, por los refranes, canciones, o versos donde se alude a este [...]”¹.

Metodología

Se realizó una investigación cualitativa que buscó “comprender y profundizar”² las construcciones culturales sobre el animal elaboradas en el municipio de Turbo, Antioquia. Aquí es preciso anotar que este estudio se ejecutó en la parte central, entendida como la zona comercial-administrativa del municipio, y se omitieron sus barrios y corregimientos. Para efectos didácticos, en ulteriores apartados se utilizará este nombre genérico para facilitar la expresión escrita, pero no debe olvidarse la limitación espacial.

Se desarrollaron diversos ejercicios de observación y nueve entrevistas semiestructuradas, algunas fueron grabadas digitalmente mientras otras fueron transcritas en los diarios de campo. La selección del interlocutor estuvo mediada por su rol social, como: cochero, ama de casa, habitante, veterinario, entre otros. El grupo de investigadores solicitó a los interlocutores su consentimiento para publicar apartes de las entrevistas. Además, para reservar la identidad de los participantes se dispuso en la bibliografía su rol social. La información obtenida se procesó en el software ATLAS TI versión WIN 7.0 (ATLAS TI, Berlín, Alemania), con el objeto de obtener los insumos para describir las perspectivas de los habitantes adscritos a la comunidad estudiada.



Para finalizar, se utilizarán en el transcurso de este artículo tres conceptos fundamentales que pueden ser ambiguos, a saber: naturaleza, animal y relación. Es preciso que el lector entienda la teoría presentada con respecto a estas categorías. El primer término la literatura lo ha tratado como una unidad, pero el planteamiento propuesto se materializa en uno de sus componentes, por esta razón cuando se enuncie esta noción se debe asociar al animal^d. Esto se justifica porque se considera una relación directa entre ambos, y además la bibliografía consultada tiende a generalizar a través de esta palabra. El segundo se contextualiza como aquel ser vivo vertebrado adscrito al reino animal, que vive o no con el ser humano³. Y, la tercera, es el contacto cristalizado en la sociedad y en la vida privada, ya sea porque presta algún beneficio o es acompañante.

Resultados

Turbo: un collage de experiencias de vida

En las sociedades convergen diferentes vínculos entre el ser humano y el animal, ya que entran en el escenario varias subjetividades que moldean directamente cada percepción¹. En este sentido, Patricia Tovar ilustra lo anterior con los ilongot de Filipinas, quienes generan una multiplicidad de relaciones con sus especies, así:

En un accidente de caza un hombre acuchilló la cabeza de su perro. Regresó a casa llorando de ira y de frustración; estaba enojado por la dificultad de reemplazar a su perro, no porque le tuviera cariño. Sin embargo, en otra ocasión, un lechoncito enfermo hizo que su dueño llorara, lo arrullara, lo mimara, y le hablara con ternura. A este respecto, nuestra noción de mascotas se aplica mejor a las relaciones de los ilongotes con sus lechoncitos no con los perros⁴.

Esta variabilidad de contactos no sólo sucede en Filipinas, también en Turbo se presenta este cuadro. Si el lector transitara por sus espacios, como la calle 99^a, la carrera 14, y el Parque del Pescador, encontraría una serie de emociones y afectividades surgidas en la relación entre el ser humano y el

^d Esta equiparación también la realiza la Corte Constitucional de Colombia en la Sentencia C 666/10 para efectos del análisis de inconstitucionalidad del artículo 7 de la Ley 84 de 1989. En este caso, “una concepción integral del ambiente obliga a concluir que dentro de los elementos que lo componen deben entenderse incluidos los animales, que hacen parte del concepto de fauna que, a su vez, se ha entendido como parte de los recursos naturales o, en otras palabras, de la naturaleza como concepto protegido...” (p. 83).

^e Para la comunidad el cochero es la persona que maneja un coche, definido como un vehículo de tracción equina.



animal, porque en estos sitios convergen formas de construir este contacto. Precisamente observaría lo siguiente: sitios de comida promocionando el menú del día, donde el factor común es la carne; aceras con ventas de alimentos que exponen las vísceras o los cuerpos de distintos animales; personas quejándose de las plagas, sobre todo los ratones que invaden sus casas; los “cocheros”^e que son observados bajo la crítica de los habitantes en tanto son asociados al concepto de maltrato, mientras simultáneamente alguien celebra efusivamente la muerte de un roedor; un perro con su “dueño” recibe las mejores atenciones posibles, mientras otro con diferentes partes del cuerpo lastimadas deambula buscando comida; el ama de casa que se queja con su vecina porque un caballo dañó su jardín, y en una reunión de conocidos se dialoga sobre las políticas de protección animal. Todos estos eventos y otros tantos, que no son enunciados aquí, revelan las múltiples manifestaciones de la diferencias en las relaciones que se entablan con los animales en un mismo espacio y temporalidad.

Esta diversidad de situaciones convierte a Turbo en el soporte donde se escriben múltiples realidades, pues allí interactúan cotidianamente subjetividades que construyen, de forma simbólica, al animal. Por lo anterior, surge el siguiente interrogante ¿Cómo explicar los diferentes vínculos entre el ser humano y el animal que conviven en esta comunidad? Para resolver esta pregunta se pueden utilizar explicaciones enraizadas en conceptos económicos, políticos, sociales, ecológicos, históricos y afectivos. No obstante, ¿Tendrán la misma fuerza explicativa ante todos los casos? Para responder estos interrogantes se acudiría a las palabras de sus protagonistas, que forzosamente son seres humanos, en este caso los interlocutores:

Los animales son como un niño. Usted tira a un niño a un patio y él ahí se va a morir, va a sufrir porque él no sabe hablar, no sabe hacer de comer, no sabe. Es igual, un animal [...] lo que llaman animal es igual a un niño. Hay que ponerle todo el cuidado del mundo [...] siéntase orgulloso cuando a usted le digan animal porque el animal no ofende. El animal prácticamente es el mejor amigo. (Habitante 1. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Para este interlocutor, los animales están representados mentalmente con las categorías de “niño” o “amigo”, porque su cotidianidad está marcada por estas palabras que dan sentido a los vínculos establecidos con ellos. En este sentido, estos dos términos tienen un valor emocional para esta persona, en tanto construyen su forma de percibir el mundo.

Los vínculos que se establecen con los animales no están mediados por



factores económicos, porque las experiencias sobre las cuales se fundamenta la relación entre el ser humano y su animal trascienden los valores de canje, tal como lo enuncia el veterinario:

Usted le cobra una cuenta de 500.000 mil pesos a un cliente y si quiere al perrito se la paga. Y si usted le habla a un ganadero de 500.000 mil pesos en una vaca ¡mándela al matadero! Eso son los animales de consumo, la gente es más pragmática en ese sentido. Una gallina que vale 15 o 20.000 mil pesos una persona no le gasta 30.000 mil pesos en medicamentos, la prefiere dejar morir o la sacrifica y se la consume. (Veterinario. Entrevista. 31 de mayo de 2013).

En las expresiones anteriores se puede interpretar que la relación entre el ser humano y el animal está mediada por una circunstancia común, desligada de los criterios utilizados tradicionalmente por la antropología, como las explicaciones económicas, políticas, ecológicas, sociales, afectivas e históricas. Aunque el afecto y la historia se acercan tangencialmente como fuente de interpretación, en definitiva les falta un ingrediente más dinamizador, porque estas razones no surgen instantáneamente, sino que obedecen a elaboraciones que marcan los sentidos del ser humano. Lo anterior son las experiencias de vida, definidas como las imágenes, los sonidos, los saberes y las anécdotas que moldean los sentimientos y construyen historias con el animal. Como se enunció anteriormente, este trabajo no pretende desvirtuar los factores de usanza académica, ya que contextualizan muchas relaciones. No obstante, en Turbo la voz de los interlocutores enfocaba sus vivencias personales como otra unidad de análisis. Respecto a esto, uno de los habitantes expresa lo siguiente relacionado con su gato y su familia: “Yo tengo una hija que lo baña por ahí dos veces a la semana, le echa shampoo, jabón de baño... la familia lo ve [al gato] como al niño pequeño de la casa, porque nosotros no tenemos hijos pequeños ya”. (Habitante 1. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Como puede observarse a través de esta anécdota, con el gato se establecen tipos de relaciones que se nutren de las vivencias cotidianas y generan formas particulares de vínculos que son únicas para ellos. Mientras que para otras personas representa otro tipo de vínculo, porque “cada cual le da un sentido común al animal” (Administrador de residencias. Entrevista. 30 de mayo de 2013), donde algunos perciben al gato de formas diversas a la concepción de miembro familiar. Veamos: “[...] no me gustan los gatos, tienen parásitos [...]” (Ama de casa. Entrevista. 29 de mayo de 2013); “[...] a mi esposa, a



ella no le simpatizan los gatos” (Habitante 1. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Experiencias de vida

Las experiencias de vida definen al animal y su relación con él, pues crean las pautas para interactuar con éste. Es preciso anotar que no son siempre las mismas especies dentro de una sociedad, pero hacen parte de ella. En Turbo, hay contactos marcados por sentimientos surgidos desde la niñez que permiten una comunicación atravesada por el lenguaje gestual y la reciprocidad, mediante elementos que no son exclusivamente lingüísticos, y emergen en el seno de vivencias que determinan las características, como también la profundidad de este vínculo.

Para uno de los interlocutores su perro Salvy es más que su mascota canina, porque “para mí no son animales. Son seres vivos que necesitan cariño, amor, respeto, tolerancia, comprensión”. Es esto lo que le permite expresar que este vínculo es:

[...] de dos amigos, la relación de nosotros es de dos amigos [...].” Esto último no se generó espontáneamente, sino que obedece a una historia de vida que comenzó cuando “[...] el primer perro Pastor alemán, una perra; Carándela, me la regaló mi papá, de ahí tuve un Rottweiler. Tuve una perrita, Sombra, que me la encontré en la calle cuando vivíamos en La Ceja. Otro callejero [fue] Fifi. (Habitante 2. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Cuando esta persona verbaliza estos recuerdos, amalgamados en su memoria, sus gestos se pierden en la alegría, transmutada en la añoranza de volver a aquellos momentos:

Me da tan duro porque yo de pelao era jugando, cierto. Pero la perra que tuve acá en Turbo me la llevé para Medellín, que vivíamos en Villahermosa, [y] todos los días subíamos hasta las Letras íbamos hasta el Seminario Mayor de Medellín, o sea era mi compañera de deporte todo el tiempo. (Habitante 2. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Según lo anterior, Salvy ha compartido ciertas experiencias y vivencias de antaño, que permiten una relación con otras afectividades e intereses. Respecto a otros animales, él los respeta y cuida en la medida de lo posible, porque los considera seres vivos como su Salvy. Pero la diferencia radica en que ellos



no han escrito algunos apartes de su vida. Por ejemplo, respecto a los gatos expresa lo siguiente: “la verdad, nunca me gustaron los gatos. Sino que ahora viendo que venía uno negrito, entonces Salvy dejó comida, y yo, pobrecito el gatico, entonces le echo comidita al gatico, y ya vienen tres”.

Otro de los interlocutores habla sobre sus experiencias de vida con los animales:

Hombre, yo los animales los quiero mucho porque yo soy del campo, yo nací en Ibagué pero siempre [...] vivía en una casa-finca, yo a los siete años ya sabía ordeñar vacas, entonces allá siempre había gatos, tres, cuatro perros, burros y ganado, entonces, nosotros congeniábamos con los animales porque siempre manteníamos ahí los animales, burros, vacas, dos burros había, perros había dos o tres, gatos si no mantenía por hay uno que no siempre ha sido [...] había gallinas, patos, todo eso, entonces uno congeniaba con todos los animales [...] a veces había cerdos. (Administrador de residencias. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Aunque haya compartido con todos estos animales, sus experiencias se relacionan con el perro, porque en su infancia tenía uno y ambos compartían muchos momentos especiales. Sin embargo, su muerte fue un proceso muy triste, por consiguiente no lo arrojaron a ningún lugar sino que:

[...] nosotros lo enterramos, no íbamos a dejar que se lo comieran por allá los... los... no... no, le hicimos su vaina y lo enterramos [esto porque] uno quería harto el animal, entonces uno no quiere que se lo vayan a comer los otros animales. (Administrador de residencias. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Para uno de los cocheros su caballo Coral trae a la memoria momentos de su vida: “Coral me trae buenos recuerdos. Me recuerda mi adolescencia cuando tenía otro caballo llamado igual”. Recalca enfáticamente cuando montaba y recorría diferentes lugares, todo motivado por las enseñanzas de su padre, además señala el color tan particular que asocia a un coral. Ahora es un cochero, consecuencia de la construcción de vida realizada al lado de los equinos. Su otro caballo, Tomirejo, está empezando esta actividad. Además tiene dos perros igualmente importantes para su vida, porque desde niño ha convivido con ellos. En referencia a estos últimos expresa lo siguiente: “Si por mí fuera me los llevaría pa’ la casa. Pero si los llevo mi esposa me echaría



de la casa. Mi esposa me dice que esto parece un zoológico ya” (Cochero. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Un habitante recuerda cómo su infancia fue marcada por los gatos, pues éstos lo han acompañado desde su niñez, y ahora tiene uno que hace parte de su núcleo familiar: “La familia ve al gato como al niño pequeño de la casa”. Contrariamente dice que “las ratas son un animal que destruye mucho, comer comida meada de rata es una muerte segura [...]” (Habitante 1. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Estas experiencias tienen en común, a saber, que ciertos animales poseen un nombre y son los protagonistas de varias historias de vida. Además, todos los entrevistados comen carne de especies que no reseñaron como importantes, esto porque no han edificado algo con ellas y por consiguiente éstas son comestibles, aunque las definan como seres vivos. Contrariamente, cuando se preguntaba si este consumo se enfocaba a sus queridos animales respondieron así: “Eso no lo puede pensar ahora porque en mi cabeza no estaría eso” (Habitante 2. Entrevista. 30 de mayo de 2013). “No me siento capaz de comerme a mis animales porque ya son miembros de la familia de uno” (Cochero. Entrevista. 30 de mayo de 2013). “Nunca pensaría en comerme a mi gato” (Habitante 1. Entrevista. 30 de mayo de 2013).

Discusión

El ser humano y el animal: una reconstrucción histórica, disciplinar y cultural de una historia común

Con el paso del tiempo la relación entre el ser humano y el animal ha marcado una historia común, ya que ambos han interrelacionado históricamente. Respecto a esto, Priscilla Burcher de Uribe argumenta que esta construcción tiene su origen con el proceso de domesticación, datado hace aproximadamente 15.000 años⁵. Allí ocurre:

[...] la transición de una economía de caza y recolección a otra en la cual se producen los alimentos, es decir, donde se tienen plantas y animales domesticados constituye sin duda alguna el hecho más revolucionario y de consecuencias económicas y sociales más importantes para el desarrollo de la humanidad⁵.

Bajo esta misma línea argumentativa, la Agencia de Salud Pública de Barcelona sugiere que “[...] este contacto comenzó cuando los humanos empezaron a criar y a seleccionar animales que empleaban para asegurar su supervivencia utilizándolos como alimento y también con fines utilitarios [...]”⁶. Si bien es cierto que este momento es trascendental para estudiar la correspondencia entre el ser humano y el animal, no se puede asumir este evento como su comienzo por cuanto su estadio anterior, enfocado a la cacería, también denota un vínculo. En consecuencia, para efectos didácticos se tomará este hecho como punto de partida.

Para Lise Sedrez el ser humano y el animal se conjugan en una historia ambiental, entendida como la correspondencia histórica que las sociedades han tenido con la naturaleza⁷. Aunque en este enfoque la naturaleza se comprende como un todo integrado, esta investigación sólo analizará uno de sus componentes adscrito al reino animal, por considerar pretensioso estudiar este concepto de una forma global. Para terminar, no se pretende la exhaustividad en este recorrido, porque se referenciarán únicamente algunas especies, ya que el concepto de animal es tan amplio que varía culturalmente.

Grecia y su relación con el perro

Según Andrade Kobayashi, en Grecia interrelacionaron tres ideas sobre el perro asociadas a: lo impúdico, la seguridad y el compañerismo. La primera noción significa la ausencia de vergüenza y moral. La segunda tiene dos matices: por un lado, en un primer momento, “se acostumbraba confiar a los perros la custodia de casas, templos y fortalezas”⁸, pero, posteriormente, se extendió hacia una protección social marcada en diferentes relatos. Uno de ellos es la historia de Soter, que junto con otros cuarenta y nueve perros defendió a Corinto de la invasión ejecutada por los naupolios. Por el otro lado, se enfatiza en las cualidades mágico-religiosas del perro destinadas a sanar los males. Y por último, la tercera alude a “un sentido de amor y lealtad individual, asociado a la estrecha relación establecida entre el amo y su mascota”⁸.

Egipto y la diosa Bastet

Por medio de la diosa Bastet (una forma simbiótica con cuerpo de mujer y cabeza de gato) los gatos fueron adorados en Egipto como representantes mundanos de esta divinidad, encargada de proteger el hogar, el equilibrio y la felicidad. Bajo esta representación, se edificó una relación de respeto no sólo hacia la vida de estos animales, también a su muerte. En este sentido, socialmente se destinaron varios espacios para enterrarlos, como por ejemplo la ciudad Beni-Hassan⁴. Además, se aplicaban sobre ellos técnicas de embalsamamiento destinadas a preservar sus restos.



Los otros conquistadores de América: los perros

La conquista de América no sólo obedeció a la acción del ser humano, también intervino el perro como un protagonista importante. En realidad, se adiestraban para el “aperreamiento”⁸, que consistía en una técnica que infundía en los perros la realización de prácticas brutales hacia el indígena. Adicionalmente, esta etapa marcó la distinción entre este último y su otro conquistador, ya que era considerado como un humano más. Es decir, para el español el can era un igual, mientras el indio se equiparaba a un animal.

La relación con los animales es una construcción social sustentada en un momento histórico particular que permite la interacción de visiones y esquemas, los cuales crean imaginarios que definen la acción humana en el vínculo. O en términos de Margarita Serje: “La relación entre ambos se ve mediada por un conjunto de conceptos, esquemas y estructuras mentales, que hacen posible y que organizan tanto la percepción, como la interpretación de lo que se percibe”⁹.

Abordaje antropológico

El ser humano siempre ha interactuado con otras especies animales, razón por la cual ha surgido el interés por comprenderlos y aprehenderlos para hacerlos sensibles a los sentidos. Por lo anterior, se construyen valores sociales que legitiman consumir, maltratar o amar un animal sobre otros. Por las consideraciones anteriores, es pertinente acudir a los siguientes planteamientos realizados por Philippe Descola: “¿Qué es para los seres humanos la naturaleza?” y “¿Cómo concebir la multiplicidad de relaciones que los humanos mantienen con los no-humanos?”¹⁰. Estos interrogantes permitirán escrutar los significados construidos como propios por una cultura. En este sentido, las disciplinas del saber han tratado de responder estas cuestiones mediante los paradigmas históricos que la humanidad ha atravesado para fundar sus visiones de mundo. De ahí que Margarita Serje proponga el Renacimiento como momento histórico a partir del cual se ha constituido la mirada de las ciencias naturales y sociales⁹.

Con referencia a lo anterior se distinguen dos formas de ver el mundo, a saber:

[...] de una parte, el cosmos como la obra divina, como un Todo del cual “el hombre” pertenece [...] Por otra parte, la concepción de que éste es la cima de la creación y por lo tanto la naturaleza está a su servicio [...]]⁹.

En otros términos, para Astrid Ulloa la primera visión se refiere al monismo entre hombre y naturaleza, mientras la segunda menciona su dualidad¹¹.

Continuando con esta misma línea, Philippe Descola centra la primera como una herencia griega, ya que “para los griegos, de todas formas, el destino de los hombres no está dissociado de un cosmos [...]”, mientras la segunda obedece a una visión judeo-cristiana enfocada a “[...] una separación entre el primer principio y un universo limitado en el tiempo del cual los humanos están encargados de garantizar la gestión [...]”. Sin embargo, este autor plantea que esta última distinción se alcanza a partir de la revolución científica y su consolidación en la antropología cultural del siglo XX, en la cual el “estudio de las realidades [...] se opone al estudio de las realidades naturales”¹⁰.

Mediante el paradigma monista y dualista, siguiendo la clasificación de Ulloa, se ordenó el mundo para hacerlo sensorial y aprehensivo, en consecuencia las producciones disciplinares estaban sujetas a estas miradas. Pero un factor decisivo enmarcó la concepción dual como manifestación universal repetitiva en la producción académica: la racionalidad. La modernidad, entendida como la exacerbación del conocimiento científico como respuesta sistemática al caos derivado de la naturaleza, encapsuló al ser humano en una frontera absoluta, en la cual la “otredad” era su cualidad contradictoria. Por esta razón se crean dos entes dicotómicos, los cuales existen en contraste uno con el otro. Esto marcó una etapa en los estudios etnográficos y etnológicos, pues, la relación entre las categorías hombre-animal y sociedad-naturaleza se advertía bajo su contraposición. En el caso de la antropología, Astrid Ulloa plantea lo siguiente:

En los análisis antropológicos culturalistas, la naturaleza fue considerada como una entidad externa y prístina: el otro sobre el cual el ser racional podía proyectar sus particularidades [...] los etnoecologistas empezaron a analizar el conocimiento indígena bajo las categorías científicas modernas acerca de la relación naturaleza y cultura [...] en la perspectiva estructuralista, la oposición naturaleza y cultura fue utilizada para el análisis de mitos, rituales, clasificaciones y prácticas [...]”¹¹.

Los trabajos derivados bajo esta óptica entienden que la interacción con el animal está mediada por variables económicas, que argumentan que se trata de una propiedad material capaz de “satisfacer necesidades individuales y sociales”¹¹. Esta “racionalidad” permite al ser humano dominar la naturaleza y, además, considerarse a sí mismo diferente, como un ente separado, ya que la modernidad edificó “una relación específica entre humanos y entre humanos y no humanos”¹¹.



Sin embargo, esta visión antropocéntrica¹² o naturalista¹⁰ sufre una fisura histórica con el texto *El origen de las especies* de Charles Darwin, porque causó un re-planteamiento sobre la forma de entender la naturaleza, en cuanto no era algo externo y contrario al hombre, sino que existía una afinidad remitida a miles de millones de años. Por lo anterior, se desprende que la dicotomía no tiene sustento debido al vínculo enmarcado en el tiempo, que hacía del ser humano otra especie más¹³. Este punto marcó el inicio de ulteriores discusiones y la emergencia de disciplinas incipientes, esto secundado por la antropología, que participaría activamente por medio de diferentes corrientes teóricas que con el tiempo se consolidarían como otros de tantos retazos del *collage* adscrito a la crisis de la modernidad.

Debido al planteamiento anterior surge una mirada caleidoscópica conducida por las diferentes formas de explicar la relación entre el hombre y la naturaleza (o animal), la cual privilegia las construcciones particulares, especialmente la cosmología indígena, muchas veces contradictorias con la visión occidental. Al respecto Sandra Turbay plantea lo siguiente:

Los seres humanos procesamos y ordenamos la información percibida a través de los sentidos; y esto implica definir categorías de objetos o de seres, formar conjuntos, establecer jerarquías, relaciones de exclusión, de inclusión y de compatibilidad o incompatibilidad. El sistema de clasificación que resulta finalmente, sirve a su vez, de orientación en el mundo y constituye una especie de tamiz a través del cual se percibe lo real.¹

Aunque esto no significa el abandono académico del dualismo, las discusiones y disciplinas emergentes conservaban esta impronta. Lo importante es la no utilización de esta conceptualización en los diferentes contextos donde se desarrolla la relación entre hombre y naturaleza. Para ilustrar esto, el estructuralismo partía de la dicotomía presente en los mitos, pero no se dilucidaba así en los análisis totémicos.

Aunque la antropología también participó en la reproducción académica de la dicotomía antes planteada, su aporte se centra en la capacidad de posibilitar otras formas de entender la relación hombre-naturaleza. Esto porque hizo posibles y viables modelos alternativos inequívocamente dirigidos hacia este fin, en los que el protagonista no es el investigador sino el otro. Incluso en la actualidad, cuando las discusiones ambientales se cristalizan con tanto ahínco, este sello se muestra privilegiado¹¹. En este sentido, esta forma de conocer es

mutable, adaptando sus metodologías a los nuevos paradigmas que gobiernan la existencia humana.

El animal en la cultura: el antes y el presente

Desde la sociología de Durkheim y Mauss, advierte Sandra Turbay, se empieza a vislumbrar cómo el sistema de clasificación occidental de la naturaleza estaba asociado a la codificación subyacente a los grupos sociales¹, que permitió una extrapolación del orden cultural hacia el natural. Según lo anterior, las categorías como familia, parentesco y estatus serían extensivas al otro dominio, esto es, la naturaleza.

Sandra Turbay señala que Lévi-Strauss mostró los significados del animal dentro del orden social. Aunque el análisis fue hecho sobre el totemismo, allí un animal se constituye como un antepasado común para un grupo social. Debido a esto, las pautas culturales y las diferencias grupales, o clánicas, son pensadas bajo este parámetro¹.

Diferentes estudios etnográficos, como los de Descola, Montoya y Turbay, han mostrado que los vínculos entre humanos y animales no se remiten sólo a “[...] un alimento, puede representar una cualidad del ser o su espíritu trascender su condición animal”¹⁴. Adicionalmente, tampoco se extrapola al orden simbólico, cognitivo o emocional. En este sentido, la construcción social sobre el vínculo se eleva hasta fundar las propias bases culturales de la sociedad, transmitidas por los relatos de su génesis o la conformación del sistema de parentesco familiar, social, económico, etc. Por lo anterior, aparte de existir una historia de data inmemorial, hay un contacto difuminado, porque no existe una distinción tajante. Respecto a esto, llama la atención cuando Descola afirma, hablando de los indígenas achuar, “[...] que muchos de los seres que nosotros llamamos naturales, como las plantas cultivadas y la mayoría de animales, están dotados de atributos idénticos a los de los humanos” resumidos en “la posesión de un alma”¹⁰, y que esto enmarca su denominación como compañeros sociales o persona. De esta forma:

Decir que los no-humanos son tratados como personas, como compañeros sociales, implica que se va a establecer con ellos relaciones que están ellas mismas gobernadas por esquemas sociales. Y estos esquemas parecen prestados de los registros de relaciones que son primitivamente de los humanos y que en varias culturas se expresan con el lenguaje del parentesco. Entre los achuar, como se ha visto, las relaciones con las plantas cultivadas se



conciben sobre la base del modelo de la consanguinidad, mientras que las relaciones con respecto a la caza son concebidas sobre el modelo del parentesco por alianza [...]”¹⁰.

Según lo anterior, el animal es un sujeto social insertado en el sistema consanguíneo y familiar del ser humano, porque, no es “[...] un objeto para socializar, sino el sujeto de una relación social [...]”¹⁰, al cual:

[...] se le confiere no sólo disposiciones antropocéntricas, es decir un estatus de persona generalmente dotada de palabra y que posee afectos humanos, sino también atributos sociales: la jerarquía de posiciones, de comportamientos fundamentados en el parentesco y el respeto a ciertas normas de conducta”¹⁰.

Para entender esto, Descola propone el término “animismo”, el cual permite analizar las dinámicas sociales de los achuar.

El mismo autor muestra otra forma para dimensionar al animal más allá de una transacción alimenticia. Entre los tukano impera el principio de la reciprocidad, entendido como aquella condición espiritual y natural del ser humano para compensar sus actos destructivos justificados por su supervivencia mundana. Para sostener este vínculo, el ser humano debe nuevamente restituir el alma del individuo sustraído del mundo, con el objeto de enviarla a los depósitos destinados para este fin, para que finalmente vuelvan al orden previo por medio de la negociación entre el chamán y “el maestro de los animales”¹⁰.

Respecto a lo anterior, Sol Montoya propone otra forma para comprender la relación entre el humano y el animal. Mediante el concepto de “transformación” explica en dos sentidos el contacto entre éstos¹⁴. El primero, vehiculiza en los mitos indígenas amazónicos una génesis compartida, ya que el uno es producto del otro y viceversa, lo que da como resultado una serie de modificaciones que condicionan el estar-ser en el mundo. La autora menciona el siguiente ejemplo, adscrito a los grupos huitoto, para dimensionar este aspecto:

la avispa cortó nuestro rabo. Antes todos, también nosotros, teníamos rabo al nacer. Primero, quitó la avispa el rabo a la rana, luego a las personas, y finalmente, cuando estaba cansada de (el resto) los convirtió en micos chorucos, a pesar de que antes habían sido personas”¹⁴.

El segundo, edifica la posibilidad de ser otro mediante los intercambios surgidos de la cacería, para lograrlos se “requiere que el ser humano renuncie a su piel

—se transforme—, así mismo el animal renuncia a algunos atributos”¹⁴. En este caso, el humano domestica al animal y este último al primero mediante “la animalización”.

En este mismo sentido, Sandra Turbay, en referencia a la región momposina, muestra cómo la interacción con los animales permite generar un sistema de clasificación particular¹. Por consiguiente, se indica la importancia que éstos tienen en la sociedad, porque son ellos las bases de las estructuras sociales “que gobiernan la vida de los humanos”¹⁰.

Estudios contemporáneos muestran cómo en contextos urbanos el ser humano y el animal crean una identidad uniforme, la cual no permite distinguir quién es quién. En este caso, María Teresa Salcedo, en un estudio realizado en Bogotá, Colombia, llama la atención sobre el fenómeno del “mimetismo” que se presenta entre la gente que vive en la calle y su perro. Este concepto se traduce en una relación que no permite nombrar, diferencialmente, al humano y al animal. O en otras palabras:

*[...] la persona escarba con sus manos en bolsas y canecas y así lo hace el perro, busca comida [esto se observa] como un comportamiento mimético y no se aprecia con exactitud quién copia a quién, si el perro al hombre o el hombre al perro [...]*¹⁵.

Lo anterior permite comprender un vínculo que impide los límites clasificatorios, y que está atravesado por otros valores que posibilitan tal cercanía.

Igualmente, otros estudios en contextos urbanos, como la publicación de la Agencia de Salud Pública de Barcelona, muestran cómo el animal trae problemas a la salubridad del humano, porque aquel es un agente transmisor de diferentes enfermedades alérgicas. Además, sus excrementos y olores degeneran el sentido de limpieza adscrito a la sociedad⁶.

Saliendo de estos estudios etnográficos, en la actualidad^f la interacción entre el ser humano y el animal está en el medio de una discusión que sobrepasa conocer la visión cultural que un grupo humano tiene, y se inserta en los ámbitos políticos y económicos marcados fuertemente por un paradigma ambiental o biocéntrico, según el cual la naturaleza, al igual que el hombre, posee derechos¹². Para ilustrar esto, bajo esta misma línea, la Corte Constitucional de Colombia plantea lo siguiente:



[...] en efecto, la visión del ambiente como elemento transversal en el sistema constitucional trasluce una visión empática de la sociedad, y el modo de vida que esta desarrolle, y la naturaleza, de manera que la protección del ambiente supera la mera noción utilitarista, para asumir una postura de respeto y cuidado que hunde sus raíces en concepciones ontológicas¹⁶.

En Colombia, esta postura de la Corte Constitucional es el reflejo de los debates en los que no sólo la academia interviene sino muchos actores de la sociedad. El punto central de las discusiones es considerar la vida natural sujeta a derechos equiparables a los del ser humano, en el caso concreto de este trabajo, los animales. Un concepto que se ha dirimido en este asunto, pero también lo ha polarizado, es la racionalidad. Esta noción es entendida como el vínculo moral entre los seres, que define una ética para diferenciar lo bueno o malo entre ellos. Según esto, no todos son parte de esta comunidad hermética, puesto que referencia solamente la similitud inherente a la humanidad. Para Francisco Lara esto se resume así:

Las relaciones morales sólo pueden ser entonces entre seres racionales que entienden las reglas del juego moral. Yo sólo tengo deberes directos para con aquellos que tienen la capacidad de valorar mi conducta y, en consecuencia, reconocer que ellos también tienen deberes directos para conmigo [...] ¹⁷.

Asimismo, en términos de este autor, esto se derivaría en una “ética ambiental”. Y si lo anterior se admite legislativamente, en el caso colombiano, significa reconocer en los animales las mismas capacidades humanas, traducidas en sentimientos, cogniciones, voliciones, ambiciones, etc. Como consecuencia, esto derivaría en otras discusiones amparadas en el maltrato.

Sin ánimos de profundizar en este tema, en Colombia existen diferentes movimientos sociales en contra de la violencia animal, que argumentan que ésta es lesiva a los derechos animales, enmarcados en una numerosa legislación nacional, departamental y municipal que define categóricamente este hecho^g. Cada norma reconoce el reproche a este comportamiento, pero

^f El concepto de actualidad es entendido por este trabajo desde la óptica de las sociedades denominadas a sí mismas modernas, como también las que se catalogan en vía de desarrollo. Esto se hace con el objeto de no universalizar esta discusión. En el caso de Colombia, se debe comprender que es un país constituido por diferentes grupos sociales, por consiguiente es posible o no que el paradigma ambiental sea una discusión alineada a su cultura. No obstante, para efectos didácticos se utilizará este término de forma global. Por el momento, es dable afirmar que es un debate canalizado por instancias institucionales, académicas, internacionales, económicas, políticas, etc.



paradójicamente exceptúa unos casos, sobre todo cuando impera el bienestar humano o es una manifestación cultural, como la Ley Taurina 916/2004. En síntesis, el maltrato es una construcción social, pues cada persona desde su óptica o sus experiencias de vida valida si las conductas objetivadas normativamente encajan en su relación cotidiana con el animal.

Siguiendo los razonamientos anteriores, el humano como ser biológico y social necesita del animal. Biológicamente, porque es una fuente de proteínas y nutrientes esenciales para su vida, incluso su evolución ha estado marcada por estos aportes alimenticios. Y socialmente, es indispensable, ya que con él se han construido identidades, personalidades y sistemas de parentesco y se ha definido la cultura misma. “La civilización tiene sus raíces en la naturaleza, que moldeó la cultura humana e influyó en todas las obras artísticas y científicas [...]”¹⁶. Por ello se plantean los siguientes interrogantes: ¿qué hace a un animal una fuente de alimentación o un compañero social? ¿Cuál o cuáles factores determinan esa situación?

Aunque las respuestas a los interrogantes emergerán instantáneamente bajo los factores económicos, ambientales, políticos, jurídicos, afectivos, simbólicos, cosmogónicos, etc., este trabajo propone considerar las experiencias de vida como otra forma de explicar las diversas relaciones enmarcadas en una misma sociedad, pues, los hechos significativos, en relación con el contacto que una persona ha establecido con un animal, son trascendentales para su relación. Y además, explicaría los roles asignados a éste, porque cada uno lleva implícita una carga emocional, en la medida en que “no a todos despiertan las mismas emociones de ternura, y afecto, ni siquiera dentro de la misma cultura, la misma clase social, o de la misma familia”⁴.

En resumen, con este recorrido se pretendió mostrar cómo la relación del animal y el humano fluctúa según las construcciones culturales, creando de este modo diferentes categorías-roles que posibilitan su entendimiento y que, análogamente, permiten una interacción. Por consiguiente, tanto la noción de animal como las relaciones entabladas con él se convierten en operaciones sociales maleables y mutables.

⁸ Si el lector lo considera pertinente puede revisar la Ley 84/1989, precisamente el capítulo V artículo 17 y consecuentes numerales.



Consideraciones finales

1. El humano y el animal han escrito una relación de orígenes inmemoriales, la cual ha sido estudiada por las disciplinas del saber: unas privilegian las variables económicas para explicar el vínculo entre ambos, otras, las construcciones culturales, los símbolos, el lenguaje verbal y no verbal, etc. La Antropología se ubica entre estas últimas, ya que ha aportado nuevas teorías ubicadas en planos que trascienden la utilidad material del animal.

2. Las experiencias de vida son una alternativa nueva para comprender por qué el ser humano valora diferencialmente a los animales, pues, unos son amados y otros son odiados. También ofrece una oportunidad para estudiar otras construcciones culturales, que se anclan en la cotidianidad, como considerar al animal como un par con nombre y sentimientos.

3. En Turbo, las experiencias de vida explican la variedad de vínculos culturales enmarcados con los animales. En este sentido, esta alternativa privilegia la heterogeneidad vista como un *collage* sobre la homogeneidad sinónima de unidad, porque este lugar se caracteriza por la diversidad de visiones culturales, donde ciertos animales son amados mientras que otros son invisibilizados u odiados.

4. El animal en la cultura se resalta como reflexión final, ya que indagar por su lugar en las construcciones culturales humanas es revelar que trasciende la interpretación utilitaria. Visto así, el animal es parte estructural y dinámica de la vida humana, porque con él se construyen relaciones culturales que han estado presentes a lo largo de la historia y que son vitales para la cultura. Debido a esto, se abren interrogantes acerca de cómo debemos plantear e interpretar las nuevas y existentes relaciones que se entablan con ellos.

Referencias

1. Turbay S. Aproximaciones a los estudios antropológicos sobre la relación entre el ser humano y los animales. En: Ulloa, A, editora. Rostros culturales de la fauna: Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano. Bogotá: ICANH; 2002. p. 87-113.
2. Hernández Sampieri R, Fernández Collado C, Baptista Lucio P. Metodología de la investigación. 5.^a ed. Perú: McGraw-Hill; 2010.



3. Wolf U. La ética y los animales; 2005. [Internet] [Citado el 15 Junio 2013]. Disponible en: www.bioeticanet.info/animales/wolfetanim.pdf.
4. Tovar P. El insólito mundo de las mascotas. En: Ulloa, A, editora. Rostros culturales de la fauna: Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano. Bogotá: ICANH; 2002. p. 241-57.
5. Burcher de Uribe P. Origen de los animales domésticos. Medellín: Universidad de Antioquia; 1996.
6. Agencia de Salud Pública de Barcelona. Animales de compañía: beneficios e inconvenientes [Internet]. 2008. [Citado el 23 junio 2013]. Disponible en: http://www.bcn.cat/publicacions/b_mm/ebmm_civisme/108-112.pdf.
7. Sedrez L. Historia ambiental de América Latina: Origen, principales interrogantes y lagunas. En Palacio G & Ulloa A, editores. Repensando la naturaleza: Encuentros y desencuentros en torno a lo ambiental. Bogotá: ICANH; 2002. p. 99-109.
8. Andrade Kobayashi M. Representaciones e imaginarios perrunos: desde Grecia hasta la Conquista de América. *Universum*, 2011; 26(2): 11-48.
9. Serje M. Ciencia, estética y cultura en la naturaleza moderna. En: Palacio G & Ulloa A, editores. Repensando la naturaleza: encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental. Colombia: ICANH; 2002. p. 175-91.
10. Descola, P. La antropología y la cuestión de la naturaleza. En Palacio G & Ulloa A, editores. Repensando la naturaleza: Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno lo ambiental. Colombia: ICANH; 2002. p. 155-171.
11. Ulloa A. De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: La discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente. En Palacio G & Ulloa A, editores. Repensando la naturaleza: Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental. Colombia: ICANH; 2002. p. 139-54.
12. Legorreta Ramírez, A, Osorio García, M, Salvador Benítez, JL. Ética ambiental y turismo: relación responsable. *Ciencia y Sociedad*. 2010; XXXV(3): 407-37.



13. Milhaud. Recuerdos de pandora [Internet] Las tres heridas de Freud. 2010. [Citado el 12 07 2013]. Disponible en: <http://recuerdosdepandora.com/ciencia/las-tres-heridas-de-freud/#ixzz2YJNUExog>.

14. Montoya S., Animales, espíritus y humanos: Transformaciones en la amazonía. En: Ulloa A, editora. Rostros culturales de la fauna: Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano. Bogotá: ICANH; 2002. p. 73-85.

15. Salcedo M. Ser perro callejero: Mimetismo e inurbanidad en espacios urbanos de Bogotá. En: Ulloa A., editora. Rostros culturales de la fauna: Las relaciones entre los humanos y los animales en el contexto colombiano. Bogotá: ICANH; 2002. p. 90-115.

16. Sentencia C 666 del 2010. Demanda de inconstitucionalidad contra el artículo 7 de la ley 84 de 1989 (2010).

17. Lara F. La entidad de los animales y nuestras obligaciones con ellos. Signos Filosóficos. 2006: VIII(15); 105-28.

